

## Élites letradas y cultura científica en la Bolivia decimonónica (La Paz, 1876-1879)\*

por

Kurmi Soto Velasco<sup>1</sup>

Universidad Complutense de Madrid

---

*En este artículo se analiza la formación de una cultura científica entre los intelectuales de La Paz (Bolivia) durante los años previos a la guerra del Pacífico, partiendo del estudio hemerográfico de grandes periódicos locales. Su propósito es demostrar que los círculos literarios fueron un lugar privilegiado para la difusión de ideas científicas y de disciplinas emergentes como la lingüística o la arqueología. Esta propuesta también busca estudiar cómo se formaron redes locales e internacionales en la ciudad durante los años que van de 1876 a 1879.*

PALABRAS CLAVE: *élites letradas; cultura científica; redes literarias; Bolivia; siglo XIX.*

---

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Soto Velasco, Kurmi, «Élites letradas y cultura científica en la Bolivia decimonónica (La Paz, 1876-1879)», *Revista de Indias*, LXXXIII/289 (Madrid, 2023): 745-775. <https://doi.org/10.3989/revindias.2023.032>.

... el espíritu que hoy nos anima a todos nosotros habrá configurado de alguna manera la imagen de aquella ciudad que nos contempla ya en el futuro, en la que habremos de seguir existiendo en sus aires, en sus plazas, en sus calles.

Jaime Saenz, 1979: 12.

A mediados de la década de 1870, La Paz fue sede de duras revueltas que desembocaron en la quema del Palacio de Gobierno el 20 de marzo de 1875.

---

\* Este trabajo ha sido realizado gracias a la beca Slicher van Bath De Jong para jóvenes historiadores del Center for Latin American Research and Documentation (CEDLA), Ámsterdam.

<sup>1</sup> [ksoto01@ucm.es](mailto:ksoto01@ucm.es), ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-7289-7991>

No obstante, y a pesar de la inestabilidad política de la que había sido presa, la ciudad comenzaba a cobrar un mayor protagonismo intelectual. Al menos así lo constataba Gabriel René-Moreno, con algo de sorpresa, en un artículo fechado en 1876:

... en la ciudad boliviana célebre por sus disturbios y combates, no faltan espíritus tranquilos y recogidos que se consagran con paciencia a tareas de investigación erudita, que más parecieran hijas de esos gustos coleccionistas y conservadores, nacidos con los refinamientos de la prosperidad y el orden<sup>2</sup>.

En este texto, René-Moreno reseñaba la más reciente obra de Nicolás Acosta titulada *Apuntes para la bibliografía de la ciudad de La Paz*, un minucioso recuento de los impresos publicados en la urbe desde los primeros años de la República. A través de estos «apuntes», se evidenciaban dos cosas: el afianzamiento de la imprenta en La Paz desde el periodo independentista<sup>3</sup> y la consiguiente aparición de más títulos, dando lugar a un «copioso archivo estadístico»<sup>4</sup>. Si bien estos proyectos editoriales no siempre eran duraderos, entre 1823 y 1875, habrían circulado 172 periódicos eventuales, 36 semanales, 17 «trisemanales», 21 «bisemanales» y 30 diarios<sup>5</sup>, un número considerable incluso para una población que, hacia 1881, ya era la más importante de Bolivia<sup>6</sup>.

Al mismo tiempo, durante este período, la ciudad fue transformándose en el «polo científicista del país»<sup>7</sup>. Los años previos a la guerra del Pacífico resultaron particularmente prolíficos para los quehaceres intelectuales y culturales, sobre todo con la fundación, en 1876, del Círculo Literario, una asociación que sirvió de palestra para «ideas liberales y ‘positivistas’»<sup>8</sup>. Teniendo en cuenta ese contexto, esta investigación busca analizar la formación de una élite letrada paceña a finales de la década de 1870. La hipótesis que guía estas consideraciones es que las discusiones literarias y científicas fueron indisociables y que debieron de entenderse como dos caras de una misma moneda. Entonces, estas líneas se proponen reconstruir los diálogos entre literatura y ciencia a lo largo de aquellos años no solo a través de las revistas del Círculo Literario (1877-

---

<sup>2</sup> René-Moreno, 1989: 209.

<sup>3</sup> Según René-Moreno, a ella le cabía «la gloria» de haber sido la sede de los inicios «de la tipografía boliviana» (1989: 212).

<sup>4</sup> Acosta, 1877: 6.

<sup>5</sup> *Ibidem*: 56.

<sup>6</sup> Barragán, 2000: 215, nota 8. La Paz tenía 60 000 habitantes, una cantidad muy superior a Potosí y Sucre, ambas con 21 000 (véase: Argueta Villamar, 2009: 148). Sobre la importancia de los periódicos durante estos años, se puede consultar: Unzueta, 2018.

<sup>7</sup> Demélas, 1981: 58.

<sup>8</sup> *Idem*.

1878)<sup>9</sup>, sino también a partir de publicaciones en periódicos paceños de gran circulación como *La Reforma*, *El Comercio*, *El Titicaca* o *El Ciudadano*.

El tema ha sido poco abordado por la crítica, pero dos libros en apariencia disímiles —aunque, en realidad, complementarios— como *La filosofía en Bolivia* (1945), de Guillermo Francovich, e *Historia de la ciencia en Bolivia* (1978), de Ramiro Condarco Morales, concuerdan en que la creación del Círculo Literario de La Paz significó el inicio de la difusión del darwinismo en el país. Francovich completa este panorama con la estadía, entre 1878 y 1879, de extranjeros como el astrónomo austriaco Rudolf Falb, mientras que Condarco Morales caracteriza al Círculo Literario como un «núcleo positivista», haciendo hincapié en la «sombra dominadora» de Agustín Aspiazu<sup>10</sup>. Por otro lado, Marie-Danielle Demélas los ha tomado como punto de partida en su artículo «Darwinismo a la criolla», en el que señala que se trató de un grupo de hombres educados en Europa, como Julio Méndez, Félix Reyes Ortiz, Manuel Vicente Ballivián y José Rosendo Gutiérrez<sup>11</sup>. Y, finalmente, en *El darwinismo en Iberoamérica. Bolivia y México*, Arturo Argueta Villamar les dedica un apartado en el que los describe como uno de los principales centros evolucionistas, cuya influencia en Bolivia se extendería hasta mucho después de su disolución, gracias a la presencia, dentro de él, de personajes como el cruceño Zoilo Flores o los potosinos Antonio Quijarro y Benjamín Fernández<sup>12</sup>.

En este artículo, pensado como un primer acercamiento a las élites letradas paceñas antes de la guerra del Pacífico, el foco está puesto en la difusión de una incipiente «cultura científica» dentro de espacios, por lo general, dedicados a la literatura y al ocio, y alejados de los vaivenes políticos que azotaban al país. Más que la formación de un grupo de especialistas —como lo fuera Aspiazu, por ejemplo—, su objetivo es constatar que nuevas corrientes, como el evolucionismo haeckeliano, y nuevas disciplinas, como la lingüística y la arqueología, circulaban con gran fluidez dentro de sus redes.

Pero antes de entrar en materia, resulta necesario dedicar unas palabras a la conceptualización de «élites letradas» y «cultura científica» que rige este trabajo. Aunque, en las últimas décadas, las élites letradas en América Latina han sido objeto de estudios señeros —desde *La ciudad letrada* (1984) de Án-

<sup>9</sup> De estas, existen dos juegos. El primero, que solo cuenta con dos números (el 2 y el 5), se encuentra en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, Sucre; y el segundo, que está completo, forma parte de la colección Antonio Costa de la Torre de la Biblioteca Patrimonial que lleva su nombre en La Paz. Agradezco la ayuda de Gabriel Rivera y de Andrés Mora para localizar ambos.

<sup>10</sup> Condarco Morales, 1978: 261.

<sup>11</sup> Demélas, 1981: 58.

<sup>12</sup> Argueta Villamar, 2009: 172.

gel Rama hasta los más recientes aportes de Tulio Halperin Donghi (2013)—, su definición se puede prestar a numerosas interpretaciones. Para el propósito de esta reflexión, aquí se recuperan algunos de los lineamientos expuestos por Carlos Altamirano a la hora de explicar el gigantesco proyecto colectivo de *Historia de los intelectuales en América Latina* (2008). Primero: que las «élites letradas» son élites porque conciernen a un número muy limitado de individuos, muchas veces —aunque no siempre— vinculados al poder. Segundo: que engloban una cantidad cambiante de miembros, cuya inclusión depende de variables tan poco cuantificables como el prestigio social. Tercero: que no siempre corresponden a una sola categoría socioprofesional, sino que pueden designar «a un abigarrado conjunto de personas que poseen conocimientos especializados y aptitudes cultivadas en diferentes ámbitos de expresión simbólica (literatura, humanidades, derecho, artes, etc.), y que proceden de diversas profesiones»<sup>13</sup>. Y, por último: que los miembros que las componen pueden ser identificados como «intelectuales», porque fueron actores conectados entre sí mediante asociaciones, revistas u otros proyectos culturales en común.

A partir de estos hilos conductores, las siguientes páginas están organizadas en tres ejes. El primero aborda las principales características de este circuito de pensadores fuertemente vinculados a través de lazos de sociabilidad. El segundo se interroga acerca de los tratos que mantuvieron con los científicos extranjeros que pasaron por la ciudad. Y, por último, el tercero se centra en los debates sobre Tiahuanaco y el origen del hombre americano.

#### EL CÍRCULO LITERARIO DE LA PAZ

En un discurso sobre la vida y obra de Isaac Tamayo, el filósofo Roberto Prudencio Romecín afirmaba que, a finales del siglo XIX, en Bolivia no existía una generación de intelectuales como tal<sup>14</sup>. Aunque la llamase «época clásica», Prudencio veía en ella una serie de figuras dispersas, sin conexión, todas ocupadas en sus propios quehaceres e incapaces de comunicarse entre sí. Sin embargo, durante este periodo, se fueron formando, al contrario, espacios de discusión —literaria y científica— a través de nuevos medios, como la prensa, y nuevas prácticas de sociabilidad, como los salones. Por ende, esta etapa

---

<sup>13</sup> Altamirano, 2008: 14.

<sup>14</sup> Prudencio Romecín, 1977. Resulta curioso constatar que esta afirmación fue realizada, paradójicamente, durante la celebración de los cien años del Ateneo de Bolivia, una asociación académica sobre la cual, como en el caso de muchas de su época, no se tienen datos abundantes.

puede ser entendida como un preludio a la institucionalización de agrupaciones intelectuales, como las sociedades geográficas, a partir de la década de 1880.

A inicios de 1876, algunas secciones de la crónica local comenzaron a dar cuenta de reuniones de tipo literario mediante la formación indistinta de «asociaciones», «sociedades» o «academias». A pesar de la heterogeneidad de los términos usados, todos designaban, en realidad, tertulias llevadas a cabo en casa de particulares, donde se daban cita casi siempre las mismas personas para compartir «buena música, magnífico refresco y animadísima charla»<sup>15</sup>. Finalmente, en marzo de 1877, el Círculo Literario de La Paz se consolidaba de forma oficial con ese nombre alrededor de su fundador y presidente, Félix Reyes Ortiz, y de una publicación quincenal de una veintena de páginas que recogía sus producciones<sup>16</sup>.

Reyes Ortiz gozaba de una amplia trayectoria en la política, en las letras y, especialmente, en la dramaturgia. Como lo prueba el prólogo que le dedicó Nicolás Acosta para el primer volumen de sus obras completas (1889), ambos habían entablado una amistad de larga data y compartían valores e inquietudes similares. Ya hacia 1855, se lo consideraba un maestro<sup>17</sup> y su prestigio literario le había permitido pasar con éxito a la arena periodística. Además de estas inclinaciones, según Guillermo Francovich (1945), su pensamiento estuvo muy influenciado por el eclecticismo de Victor Cousin, como él mismo lo declaraba en una traducción que realizó del *Compendio de filosofía* de Casimir Delavigne (1856). De hecho, este libro venía a sumarse a una significativa cantidad de tratados filosóficos publicados en el país desde principios de 1860 que reflejaba un «vigoroso» movimiento influido por pensadores franceses menores como el neokantiano Charles Bernard Renouvier y el profesor de filosofía de la Sorbona, Jean-Philibert Damiron.

Félix Reyes Ortiz, que en ese entonces rondaba los cincuenta años, no dudó en codearse con autores consagrados de su generación, así como también con jóvenes que escribían, leían y debatían —y que incluso habían sido sus alumnos—, como el propio José Rosendo Gutiérrez. Según decían las pequeñas notas que solían poblar los diarios paceños, el Círculo Literario se reunía con una frecuencia impresionante y congregaba a destacados personajes como José Vicente Ochoa, Genaro Sanjinés, Claudio Pinilla<sup>18</sup>, Federico Zuazo, Rosendo Villalobos o Zenón Cortadellas<sup>19</sup>. En el primer número de su *Revista Quincenal*, aparecían más de

<sup>15</sup> *El Comercio*, La Paz, 13/08/1878.

<sup>16</sup> Sobre el nombre de la publicación existen vacilaciones similares. En los anuncios antes de su aparición, se hablaba de una *Revista Paceña* de la Academia Literaria de 24 páginas en in-cuarto.

<sup>17</sup> Reyes Ortiz, 1889: IV.

<sup>18</sup> *La Reforma*, La Paz, 20/09/1876.

<sup>19</sup> *El Comercio*, 24/02/1878.

diez miembros ordinarios; entre los honorarios, se contaba con figuras de renombre como Natalia Palacios, Isaac Tamayo y Vicente Ballivián y Roxas; y, entre sus correspondientes, a Agustín Aspiazu, Adolfo Mier y Tomás O'Connor d'Arlach<sup>20</sup>. Para mediados de 1878, eran conocidos fuera de las fronteras y su fama resonaba en la capital del Perú. En una breve reseña aparecida en *Las Noticias* de Lima y recuperada por *El Comercio* de La Paz, se realizaba una prometedora semblanza de Claudio Pinilla, al mismo tiempo que se subrayaba la asombrosa actividad de una «animosa pléyade de jóvenes amantes del saber; ramas floridas de aquel árbol que parecía no tener savia ni follaje»<sup>21</sup>.

CUADRO 1. LISTA DE MIEMBROS DEL CÍRCULO LITERARIO

Miembros ordinarios	Miembros honorarios
Dr. Félix R. Ortiz, presidente	Señorita Natalia Palacios
Dr. Fidel Macua, vicepresidente	Dr. Emilio Adrián
Señor Ángel Martínez	“ Isaac Tamayo
“ Claudio Pinilla	“ Julio Méndez
“ Cresencio López	“ José R. Gutiérrez
“ Daniel Clavijo	“ José Ramón Mas
“ Enrique Cortadellas	“ Nicolás Acosta
“ Federico Zuazo hijo	“ Vicente Ballivián y R.
“ Gregorio Benigno Rojas	<b>Miembros correspondientes</b>
“ José Carlos Asín	Señorita Genoveva J. de Tovar
“ José M. Goitia	Dr. Agustín Aspiazu
“ José R. Villanueva	“ Adolfo Mier
“ José V. Ochoa	“ Daniel Campos
“ Luis B. Aguirre	“ Hilarión P. Atoche
“ Macario Escobari	“ Luis Mariano Guzmán
“ Manuel G. Gálvez	“ Manuel Campero
“ Rosendo Villalobos	“ Tomás O'Connor d'Arlach
“ Víctor Sanjinés y E.	

Fuente: *Revista Quincenal*, La Paz, 1, 1877.

<sup>20</sup> *Revista Quincenal*, La Paz, 04/03/1877, cuadro 1.

<sup>21</sup> *El Comercio*, 09/05/1878.

La naturaleza de sus encuentros se encontraba a medio camino entre la esfera pública y la esfera privada, y las actividades que se llevaban a cabo en la intimidad de los hogares se reflejaron desde muy pronto en las secciones de variedades y crónica local, pues —según sus organizadores— siempre estuvieron abiertas a cualquier interesado. Esto también se tradujo en la inclusión de mujeres como Juana Manuela Gorriti (que pasó fugazmente por La Paz en 1878)<sup>22</sup> y, desde Cochabamba, Adela Zamudio, que ya brillaba con el pseudónimo de Soledad. En efecto, muchos de sus poemas —incluso algunos que databan de 1875— fueron transcritos en *El Titicaca* o en *El Comercio* y, en particular, una larga composición en cinco cantos titulada «El misionero». Esta llamó favorablemente la atención de la crítica, a tal punto que, en la reunión del 17 de agosto de 1878, Claudio Pinilla le dedicó un «merecido y cordial voto de aplauso»<sup>23</sup> y propuso su incorporación<sup>24</sup>, revelando su verdadera identidad:

El cisne del Tunari, el melodioso jilguero de sus valles (lo han descubierto muchos, antes que nosotros) es la distinguida señorita Adela Zamudio: para ella, y como una honra para el Círculo Literario, pedimos una patente de honor y el título de miembro correspondiente en la ciudad de su residencia; esperando que la traición hecha por nosotros al arrancar el velo del seudónimo bien vale esta justa y honorífica recompensa<sup>25</sup>.

Además de esta cochabambina y de Natalia Palacios —figura recurrente de los cenáculos paceños—, se mencionaba otra «bella y modesta poetisa» que firmaba bajo el nombre de Rebeca y que fue proclamada miembro de esta asociación en una sesión extraordinaria «bajo un torrente de aplausos»<sup>26</sup>. Lo poco que se decía sobre esta misteriosa escritora, que no ha pasado a la posteridad, es que se trataba de una jovencísima, aunque también muy prestigiosa señorita, autora de un álbum titulado *Pensamientos y violetas*<sup>27</sup> y bautizada por los periódicos como la Violeta del Illimani<sup>28</sup>.

Por su lado, Félix Reyes Ortiz, en tanto presidente del Círculo Literario, estaba plenamente consciente de la importancia que tenían la creación y la difusión de estas comunidades intelectuales. Más de tres lustros antes, en un

<sup>22</sup> *El Titicaca*, La Paz, 28/07/1877.

<sup>23</sup> *El Comercio*, 14/09/1878.

<sup>24</sup> *Ibidem*, 17/10/1878.

<sup>25</sup> *Idem*. Así, contrariamente a lo que se ha afirmado, las primeras reseñas de la obra de Adela Zamudio aparecieron inmediatamente después de la circulación de sus poemas en grandes diarios de Cochabamba y La Paz, casi diez años antes de que Ricardo Jaimes Freyre publicara sus apreciaciones sobre los *Ensayos poéticos* (1887) en *Los Debates* de Sucre.

<sup>26</sup> *El Comercio*, 30/11/1878.

<sup>27</sup> *Ibidem*, 22/08/1878.

<sup>28</sup> *Ibidem*, 20/07/1878.



artículo publicado en *El Telégrafo* en junio de 1860 y titulado «Espíritu de asociación», él declaraba de forma explícita la necesidad de establecer lazos de sociabilidad para fomentar la producción nacional: «Las ciencias, las letras, las artes, ¡cuántos descubrimientos, y cuánto perfeccionamiento no deben a las academias, institutos y sociedades sabias!»<sup>29</sup>. Y, dentro de esta misma perspectiva de promoción, el secretario de turno se encargaba de difundir pequeños *compte-rendus* e invitaciones en la prensa:

He aquí el primer edicto que nos ha remitido para su publicación el secretario del Círculo Literario: Por el edicto presente / el Círculo Literario / prestando a su secretario prudente jurisdicción: / cita, convoca y emplaza / para el viernes que viene / (en que, como siempre, tiene / fina ordinaria sesión)<sup>30</sup>.

En un principio, el Círculo Literario fue un grupo centrado en la consolidación de fechas cívicas como el 16 de julio<sup>31</sup> o el 6 de agosto<sup>32</sup>. De hecho, a fines de agosto de 1878, en una columna de sociales, un cronista relataba en primera persona una de aquellas inolvidables veladas literarias, en la que reconocía su importancia dentro de la conformación de un calendario patrio, al mismo tiempo que proporcionaba algunos datos históricos sobre la formación de esta sociedad de intelectuales. Según el autor, que firmaba como el Bachiller Paulino<sup>33</sup>, las raíces de esta hermandad remontaban a sus años en el colegio Ayacucho y a la circulación de un periódico estudiantil manuscrito titulado *El Caimán*, al que le siguieron trece números de *La Violeta*, «precioso periódico literario» que murió por falta de recursos. Al poco tiempo, sus redactores y otros escritores más pasarían a fundar esta «hermosa sociedad literaria» que ya era conocida a nivel nacional e internacional<sup>34</sup>.

Sin embargo, el Círculo Literario no solo promovió una cierta literatura patriótica entendida como «deber moral» —Reyes Ortiz *dixit*—, sino que también realizó alianzas con otras agrupaciones como la Sociedad Cortés de Potosí o la Sociedad Diez i Seis de Julio de La Paz<sup>35</sup>, con la que compartían varios miembros —especialmente José Rosendo Gutiérrez y Eloy Salmón— y con la que crearon comisiones conjuntas para actividades de socorro en el Litoral, devastado tras el terremoto del 8 de mayo de 1877. Además, sus sesiones siempre dieron cuenta de inquietudes de tipo poético y dramático, pero

<sup>29</sup> En Reyes Ortiz, 1889: 7.

<sup>30</sup> *El Comercio*, 19/05/1878.

<sup>31</sup> *La Reforma*, 10/06/1876.

<sup>32</sup> *El Comercio*, 23/07/1878.

<sup>33</sup> Posible pseudónimo de Julio César Valdez.

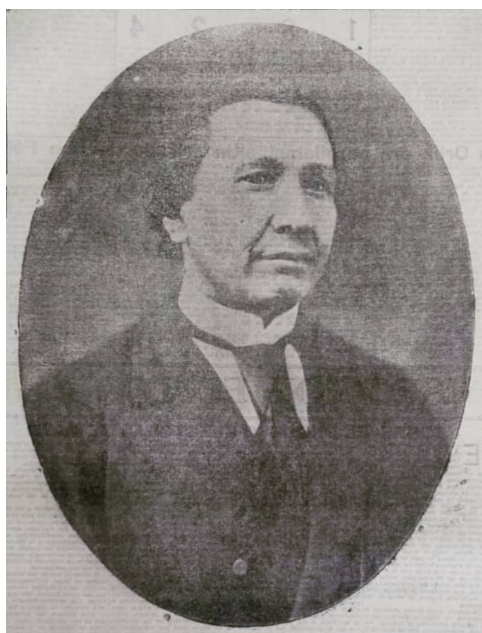
<sup>34</sup> *El Comercio*, 31/08/1878.

<sup>35</sup> *El Ciudadano*, La Paz, 22/05/1877.



también histórico, jurídico y científico. Fuera de las lecturas obligadas en prosa y verso, los miembros preparaban textos de muy diversa índole. En su ensayo «Cuatro palabras sobre poesía boliviana»<sup>36</sup>, un poco conocido Daniel M. Escobari se reclamaba de una «república de las letras» creada alrededor de este círculo y construida sobre una voluntad común de consolidar una «cultura nacional». Según el autor, este tipo de organizaciones se orientaba hacia la «perfectibilidad humana» y, como en un cuerpo simbólico, dentro de este organismo, el lugar del corazón estaba ocupado por la poesía y el de la cabeza, por la ciencia.

FIGURA 1. RETRATO DE FÉLIX REYES ORTIZ



Fuente: *La Razón*, La Paz, 30/08/1927.

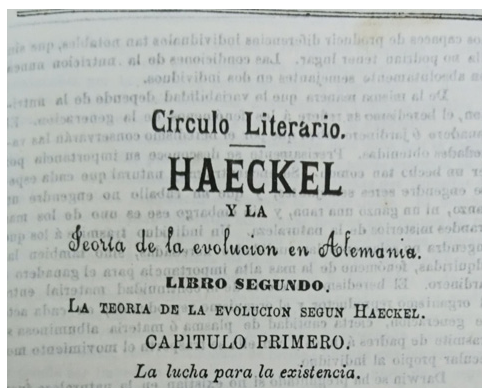
Esta idea fue refrendada por Reyes Ortiz en una lectura que dio el 5 de diciembre de 1877 y que tituló expresamente «Letras y ciencias»<sup>37</sup>. En este discurso de finales de año, el intelectual coroqueño volvía sobre el «espíritu de asociación» que había enunciado en 1860. Partiendo del hecho de que

<sup>36</sup> *Revista Quincenal*, 20/06/1877.

<sup>37</sup> *Revista Quincenal*, s/f, depositada en la Biblioteca Patrimonial Arturo Costa de la Torre, La Paz, caja 34, Prensa nacional del siglo XIX, exp. 021102.

esta comunidad letrada tenía como objetivo el cultivo de la literatura, sus miembros y, en particular, su presidente, decidieron extender su campo de investigación a las ciencias y «unir lo bello a lo útil», según la máxima horaciana<sup>38</sup>. Félix Reyes Ortiz avanzaba el concepto de «literatura positivista», una literatura —según él— acorde a los tiempos que corrían. Fuera del mundanal ruido de la política, este espacio estaba sellado por un pacto de amistad entre sus asociados, donde se buscaba cultivar las letras y las ciencias, y bajo el patronazgo del positivismo, su vocación se expresaba como una urgencia de progreso.

FIGURA 2. ENCABEZADO DE LA TRADUCCIÓN DEL LIBRO DE LOUIS DUMONT, *HAECKEL Y LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN EN ALEMANIA*



Fuente: *Revista Quincenal*, 20/06/1877.

Siguiendo esta lógica, el literato moderno —sin dejar de hacer literatura— podía ocupar su pluma en «ciencia económica» o en ciencias naturales. Tanto así que uno de los centros de interés del Círculo fue la difusión del evolucionismo a partir del libro de Louis Dumont, *Haeckel y la teoría de la evolución en Alemania* (1867), cuya traducción hecha por Julio Méndez apareció por entregas desde el segundo número de la *Revista Quincenal*. El manual de Dumont proponía las bases para comprender las teorías de Charles Darwin y, en particular, el contexto de aparición de *El origen de las especies* (1859). Los fragmentos seleccionados concernían los antecedentes del evolucionismo —sobre todo, la obra de Jean-Baptiste Lamarck—, una presentación de las obras de Darwin hasta 1872, un retrato de Ernst Haeckel en una etapa

<sup>38</sup> *Idem*.

en la que era «más darwinista que Darwin» y un repaso de los principales términos del evolucionismo haeckeliano<sup>39</sup>. De esta forma, estas corrientes comenzaron a formar parte de un vocabulario corriente, pues, según un articulista anónimo, «no se necesita[ba] haber leído a Darwin para comprender el darwinismo»<sup>40</sup>.

Aun así, y como sostiene Marta Irurozqui, las «élites bolivianas conocieron los debates científicos, políticos y filosóficos europeos, siendo sensibles a la ambigüedad de su reflexión»<sup>41</sup>. Por eso, si bien no caben dudas de que el texto en cuestión despertó la curiosidad de estos hombres, también provocó debates en el seno mismo de su asociación. Ya en la sección de miscelánea del segundo número de su órgano de difusión, los editores explicaban que la sociedad no asumía «la responsabilidad de los artículos publicados en su revista», ya que cada uno de los miembros era «libre de publicar sus opiniones científicas y literarias, sin que por esto los otros sean partícipes de ellas»<sup>42</sup>.

Pero, tal vez, el fragmento más revelador de estas «ambigüedades» sea un largo poema titulado «La ley de Darwin» y firmado por Fidel Salcedo. Estas octavas en verso mayor se dividían en cinco secciones, de las cuales las dos primeras estaban dedicadas a la fe cristiana y a la providencia, mientras que las dos siguientes se centraban en la naturaleza y en la llamada «ley de Darwin». Este difícil equilibrio se zanjaba con un epílogo, que aparecía como una suerte de «credo» donde las referencias cristianas se mezclaban con un triunfante «principio darwiniano» que venía a tomar asiento al lado de la providencia. En una pequeña crónica de finales de marzo de 1878, se informaba que Claudio Pinilla —discípulo y futuro yerno de José Rosendo Gutiérrez— había criticado duramente la composición de Salcedo en sus conceptos centrales y «teológicos»<sup>43</sup>, lo que probaba que, a pesar de compartir un mismo horizonte, las posturas de los miembros de esta sociedad no siempre estuvieron alineadas.

Es así que, gracias a las políticas de divulgación dentro del Círculo Literario de La Paz, las discusiones sobre las distintas facetas de la ciencia estaban servidas. Además, a esta intensa circulación de ideas se sumaba la llegada de varios extranjeros interesados en diversos aspectos del conocimiento, desde la literatura, pasando por la lingüística, hasta llegar a la astronomía.

<sup>39</sup> *Idem.*

<sup>40</sup> *El Comercio*, 19/10/1878.

<sup>41</sup> Irurozqui, 1999: 266.

<sup>42</sup> *Revista Quincenal*, 06/04/1877.

<sup>43</sup> *El Titicaca*, 22/05/1878.

## LOS QUE VIENEN Y VAN

En un comentario a la *Bibliografía boliviana* de José Rosendo Gutiérrez<sup>44</sup>, el escritor e historiador chileno Carlos Walker Martínez mencionaba, con la misma sorpresa que Gabriel René-Moreno, la existencia de un importante movimiento cultural en La Paz impulsado por la «fraternidad de los hombres de letras», en clara alusión al Círculo Literario. Para Walker Martínez —que había ejercido como diplomático en el país y que, por lo tanto, lo conocía muy bien—, la *Bibliografía boliviana* de Rosendo Gutiérrez condensaba los intereses de este entorno intelectual y revelaba también sus debilidades. Por eso, la ausencia de textos históricos y científicos en este catálogo demostraba que, hasta las últimas décadas del siglo XIX, la historia y las ciencias en el sentido amplio —pero, en particular, las ciencias naturales— fueron disciplinas poco cultivadas en Bolivia. Sin embargo, para aquellos años se tenía notables excepciones como los trabajos de Manuel José Cortés, para el primer caso, y de extranjeros como Alcide d'Orbigny, Léon Favre-Clavairoz, Francis de Castelnau e Huges Weddell, para el segundo.

La presencia de viajeros venidos de distintas latitudes marcó, evidentemente, los debates que se dieron en la ciudad y llamó la atención de los miembros del Círculo Literario que, en algunos casos, los llegaron a incorporar como socios activos de su comunidad. En su discurso de entrada, el fotógrafo y pintor Cesáreo Valdez<sup>45</sup> apuntaba, en especial, la presencia de dos hombres: Leonel de Alencar, representante diplomático del Brasil y hermano del renombrado escritor José de Alencar, y Rudolf Falb, celebrado astrónomo austríaco que visitó Bolivia entre 1878 y 1879<sup>46</sup>.

El primero era conocido como poeta y prosista, pero también como gran anfitrión, pues la legación brasileña gustaba celebrar opulentas recepciones junto a «altos funcionarios del Estado» y a la «sociedad selecta» de la ciudad<sup>47</sup>. Su más memorable cita fueron los festejos en honor al aniversario del emperador Pedro II, como comentaba una columna de sociales por aquellos días. En esta sección escrita en primera persona —como muchas otras que aparecieron bajo el nombre de «Borrones y perfiles» en *El Comercio*—, se daba cuenta de una

---

<sup>44</sup> *El Correo de Bolivia*, Sucre, 11/09/1876.

<sup>45</sup> El discurso, que tuvo lugar el 23 de noviembre, también presentaba una pequeña reflexión sobre el arte de la fotografía y su importancia dentro de la sociedad moderna. Valdez, uno de los primeros, junto a su hermano Aniceto, en instalar un estudio fotográfico en el país, había cosechado su prestigio en diversas ciudades bolivianas, como también en Chile y Argentina (Marca, 2016: 232).

<sup>46</sup> *El Comercio*, 03/12/1878.

<sup>47</sup> *Ibidem*, 05/12/1878.

agitada vida cultural en una amena charla de salón entre el narrador y sus amigos, en cuya casa se oía «buena música, se baila[ba] con inmejorables parejas y se charla[ba] amenísimamente de todo y sobre todo: modas, matrimonios, movimiento literario»<sup>48</sup>. A través de diálogos ligeros como estrategia narrativa, el cronista mencionaba los vestidos que se podrían usar para la ocasión, así como los distintos bailes que se darían, en una verdadera reflexión sobre el buen gusto y la moda de aquel momento.

Con este mismo tono y desde su instalación en la ciudad, Alencar había acompañado las sesiones literarias en casa de Félix Reyes Ortiz, Zenón Cortadellas o Federico Zuazo hijo. Además, publicó en el séptimo número de la *Revista Quincenal* una «leyenda» con la que había coronado su discurso de admisión del 22 de noviembre de 1878. Su misión diplomática duró hasta 1880 y, luego, se trasladó a Uruguay para seguir ejerciendo como embajador.

Por esas mismas fechas, Rudolf Falb también hacía acto de presencia en La Paz. Arribado a la ciudad a finales de agosto de ese año, el austriaco despertó la admiración de los locales con su prestancia y sus ideas algo «originales», pero llenas de «imaginación y atractivo»<sup>49</sup>. Gracias a los auspicios del Círculo Literario, los últimos días de noviembre de 1878, se invitaba a dos conferencias que él daría y cuyo objetivo era reflexionar sobre el origen del hombre y el diluvio universal (cuadro 2).

Falb había estado recorriendo parte de la región desde 1877<sup>50</sup> y sus posturas no dejaron indiferente al público. Antes de su llegada, se anunciaba, en la sección publicitaria de periódicos como *El Comercio*, la venta de un libro titulado *Tres conferencias de Mr. Rodolfo Falb*, demostrando la vitalidad de las doctrinas del austriaco. Es más, casi una década antes, se publicó en Lima un pequeño folleto cuya portada rezaba *Informe sobre la teoría del astrónomo alemán Rodolfo Falb acerca de los temblores y erupciones volcánicas* (1869). Este documento había sido producido por una comisión especial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos que buscaba analizar y difundir las ideas de Falb en castellano, y sobre todo sus mediciones y predicciones de terremotos. De hecho, esta fue una discusión muy en boga en la costa sur del Pacífico<sup>51</sup> —tradicionalmente afectada por estos fenómenos—, donde las teorías del astrónomo se difundieron con rapidez. A inicios de 1878, ya se tenían ecos de su paso por Arequipa, de su ascensión al Misti y de sus charlas magistrales sobre sismología<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> *Ibidem*, 23/11/1878.

<sup>49</sup> *Ibidem*, 30/11/1878.

<sup>50</sup> Krauskopf, 2002: 12.

<sup>51</sup> Valderrama, 2021.

<sup>52</sup> *El Comercio*, 30/03/1878.

CUADRO 2. PROGRAMA DE LAS CONFERENCIAS PÚBLICAS PRONUNCIADAS EN EL SALÓN DE LA UNIVERSIDAD POR RODOLFO [sic] FALB

Segunda conferencia [El domingo 1 de diciembre a las 2 de la tarde] Los trabajos de la luna como hostil a la tierra	
I. Diluvio de agua	II. Diluvio de fuego
1. Sacerdotes católicos han sido los que enseñaban a la humanidad verdades importantes sobre la naturaleza. En el jardín del cardinal Blandini se descubren las manchas del sol.	1. Existencia de un mar de fuego debajo de la costra terrestre.
2. Cómo las manchas solares, por una parte, y la luna, por otra, influyen en el tiempo.	2. Tendencia del flujo y del reflujo en este mar bajo la influencia de la luna y del sol.
3. Prueba hecha al pie del Illimani y en La Paz.	3. De qué modo el autor descubrió esta influencia.
4. Causa del carácter atmosférico excepcional de los últimos años.	4. Pruebas físicas y matemáticas.
5. El diluvio universal no es una fábula.	5. Pompeya y Herculano.
6. La inscripción de Tiahuanaco lo indica, las tradiciones lo mencionan, la astronomía lo prueba.	6. La periodicidad de los temblores, las épocas de su mayor frecuencia.
7. Vuelta al diluvio en el porvenir.	7. El terremoto y el eclipse a la muerte de Jesucristo.
	8. La salida del mar en los grandes terremotos.
	9. Predicciones de temblores.
	10. Los temblores de Bellono [sic] (1873) y la erupción del Etna (1874) han sido predichos por el autor.
Conclusión	

Fuente: *El Comercio*, La Paz, 21/11/1878.

Durante el tiempo de su estadía en La Paz, Falb arregló un almanaque para *El Comercio* junto a Claudio Pinilla<sup>53</sup> y documentó dos exploraciones al Illimani en competencia frontal con Charles Wiener<sup>54</sup>. Pero lo que causó mayor impresión fueron las conferencias celebradas el 24 de noviembre y el 1 de diciembre de ese año. De ello daba cuenta una admirada Natalia Palacios en un soneto en el que lo nombraba «apóstol de la ciencia» e «infatigable» Prometeo<sup>55</sup>.

<sup>53</sup> *Ibidem*, 17/09/1878.

<sup>54</sup> *Ibidem*, 10/10/1878.

<sup>55</sup> *Ibidem*, 26/11/1878.



FIGURA 3. RETRATO DE RUDOLF FALB



Fuente: *Hemmet*, Karlstad, 52, 1903.

Sin embargo, en marzo de 1879, aparecía un opúsculo anónimo, confeccionado en la imprenta de *El Ciudadano* y posiblemente escrito por Pedro José Iturri<sup>56</sup>, en el que se criticaba a Falb desde el catolicismo. Este texto buscaba «impugnar las enseñanzas ateas de un europeo ilustrado»<sup>57</sup> y refutar, punto por punto, ambas charlas magistrales dictadas en la Universidad de La Paz. Dentro de este abanico de hipótesis, lo que más irritó al crítico fueron las interpretaciones que realizó acerca de Tiahuanaco como parte de discusiones más amplias que se daban por esos mismos años entre intelectuales locales y extranjeros.

Y es que el austríaco era uno más de un numeroso grupo de viajeros que visitó La Paz y las ruinas aledañas durante el último lustro de la década de 1870. Como él, muchos exploradores y aventureros llegaron a la región en busca de antigüedades y de información lingüística. Varias delegaciones más o menos oficiales transitaban por el país, como la controversial Comisión Médico-Qui-

<sup>56</sup> Krauskopf, 2002: 22.

<sup>57</sup> Un Paceño, 1879: 5.



rúrgica Italiana, encabezada por Guido Bennati e instalada en La Paz desde finales de 1876<sup>58</sup>, o una menos estudiada misión alemana, compuesta por Pedro Streits y Emilio Werner<sup>59</sup>. Además, un tiempo antes, Alphons Stübel había estado formando una «magnífica colección para llevar a Europa»<sup>60</sup>. Por esos mismos años, también llegó el español Eloy Perillán Buxó para fundar, junto al francés José Carlos Manó, *El Ferrocarril*<sup>61</sup>. Aunque de forma breve, ambos serían incorporados al Círculo Literario antes de polemizar con algunos de sus miembros, romper relaciones y partir hacia otros rumbos. Y, por último, estaba el tristemente célebre Ivon Heath que, junto a James Orthon, venía a estudiar la cuenca del río Madre de Dios<sup>62</sup>, donde terminaría por perder la vida.

De entre todos estos nombres, uno de los que más sobresalió fue el de Charles Wiener. Este oscuro personaje, nacido en Viena, pero nacionalizado francés, constituyó un notorio ejemplo de las estrategias de prestigio puestas en marcha por estos viajeros en Sudamérica. Durante su permanencia por el país, se mostró particularmente esquivo, por lo que resulta complicado situarlo con precisión a lo largo de su recorrido. Según Gunther Krauskopf<sup>63</sup>, se puede datar su paso por la ciudad desde el 4 de mayo de 1877; sin embargo, sus huellas más contundentes son perceptibles recién a mediados de ese año. El 4 de junio, *El Titicaca* reproducía en sus páginas una carta de Wiener dirigida al bibliotecario Adolfo Jordán, comentándole la desaparición de dos obras, *Las ruinas de Palenque* y *Las ruinas de Tiaguanaco [sic]*, sin proporcionar más datos. En esta misiva, el vienés denunciaba que ambos ejemplares, regalos de su protector, el diplomático Léonce Angrand, le habían sido sustraídos.

A pesar de que no realizaba una acusación directa, daba a entender que se refería a un enemigo suyo, el francés Théodore Ber<sup>64</sup>, del que afirmaba que se hacía pasar por delegado de una comisión científica francesa y que trabajaba en Tiahuanaco bajo las órdenes de Henry Meiggs. Poco tiempo más tarde, *El Ciudadano*, cuyo redactor en jefe era José Rosendo Gutiérrez, hacía eco de esas quejas en un pequeño apartado titulado «Misterios», en el que volvía sobre la volatilización de estos libros de arqueología. Estas palabras no solo revelaban la competencia aguerrida que existía entre extranjeros, sino también la importancia y la escasez del material escrito sobre los temas que los convocaban a estas tierras.

---

<sup>58</sup> *El Titicaca*, 09/11/1876.

<sup>59</sup> *El Ciudadano*, 19/05/1877.

<sup>60</sup> *El Titicaca*, 23/12/1876.

<sup>61</sup> Soto Velasco, 2017.

<sup>62</sup> *La Reforma*, 28/04/1877.

<sup>63</sup> Krauskopf, 2002: 35.

<sup>64</sup> *Ibidem*: 118.

Paralelamente, comenzaron a aparecer noticias sobre su ascensión al Illimani, escritas por el propio Wiener y dirigidas, en algunos casos, a Rosendo Gutiérrez y, en otros, a Julio Méndez. En ellas, el viajero ensalzaba sus proezas y se jactaba de un complejo trayecto para conquistar el que hoy se llama Pico París. Su itinerario, como el de muchos, iniciaba en la hacienda de Cotaña, propiedad de Pedro José Domingo de Guerra. Con el tiempo, este se había convertido en un lugar privilegiado para intelectuales y científicos, pues mucho antes que Wiener y Falb —otro de sus ilustres huéspedes—<sup>65</sup>, había cobijado a pensadores de la talla de José Joaquín de Mora<sup>66</sup> y, hasta ese momento, era paso obligado para la subida al Illimani.

FIGURA 4. HACIENDA DE COTAÑA



Fuente: Buck, 2000: 12. Fotografía atribuida a George von Grumbkow.

Sin embargo, muchos de los datos consignados por Wiener eran dudosos. Esa voluntad de alcanzar una montaña tan emblemática como misteriosa respondía,

<sup>65</sup> *El Comercio*, 10/10/1878.

<sup>66</sup> Monguió, 1967: 226.

en realidad, a una dura rivalidad entre exploradores, ansiosos por validarse como especialistas en arqueología, lingüística o ciencias naturales. El franco-austríaco, de hecho, fungió como representante de Bolivia en la Exposición Universal de 1878 y consolidó su carrera con una amplia muestra de objetos sustraídos en la región andina, que luego serviría de piedra de toque para la fundación del Musée de l'Homme en París. Así, al fervor de las enemistades, se recolectaban indiscriminadamente vestigios y se construían narraciones a medio camino de la ficción, pero también se lanzaban hipótesis y se sentaban bases para nuevas disciplinas.

#### LAS «PRECIOSIDADES HISTÓRICAS» DE TIAHUANACO

Según cuenta Charles Wiener, cuando arribó a La Paz, no pudo ocultar la honda impresión que le dejó el paisaje que se abría delante de él:

Era de noche cuando llegamos cerca del profundo valle donde vimos aparecer las luces de la capital [*sic*]. La luna llena proyectaba su luz, de una claridad desconocida en nuestros países, sobre el más majestuoso de los espectáculos. Se habría dicho, ante el panorama que de súbito se desplegó ante nuestros ojos, que Dios, cuando creó el mundo, quiso dejar un recuerdo del caos primitivo y no dio forma a este rincón de la tierra. Una mano poderosa parece haber removido, trastornado, empujado, estas extrañas regiones, para fijarlas en un estado más salvaje<sup>67</sup>.

Como Wiener, muchos pasarían esos años buscando fortuna y gloria por los Andes. Efectivamente, la década de 1870 estuvo marcada por el creciente tránsito de exploradores de distintas nacionalidades, en pleno auge del americanismo y, por supuesto, en vísperas de la Exposición Universal de París, que se habría de celebrar en 1878. Con este aliciente, personajes de toda calaña se daban cita en la ciudad o escribían sobre sus hallazgos en poblaciones aledañas y, sobre todo, en las ruinas de Tiahuanaco. De ese modo, la zona circunlacustre despertó las inquietudes de una comunidad internacional que ponía sus ojos en las «antigüedades» prehispánicas y se interrogaba sobre el pasado de las civilizaciones andinas a través de teorías de relativa verosimilitud.

La discusión sobre estos temas también se dio dentro de los circuitos locales e interpeló, tempranamente, a los pensadores bolivianos, sobre todo con la publicación de las dos únicas obras conocidas de Emeterio Villamil de Rada, *De la primitividad americana* en 1876 y *La lengua de Adán*, aparecida por entregas en *El Titicaca* desde marzo de 1877, bajo el epígrafe «Intereses generales». Sus editores —Miguel Suárez Arana para el primer libro y Nicolás Acosta para el segundo— se

---

<sup>67</sup> Wiener, 1993: 364.

prestaron como intermediarios entre las ideas del sorateño, por entonces residente en Brasil, y los intelectuales paceños. En la carta que servía de prólogo a *De la primitividad*, el autor se mostraba satisfecho por el interés que habían suscitado sus trabajos en los redactores de *La Reforma*, probando así que sus ideas eran discutidas en los círculos literarios y científicos bolivianos<sup>68</sup>. Tres años antes, el periódico paceño ya había anunciado, en una nota editorial, la importancia que tenían las investigaciones sobre el origen del hombre americano y su lengua primigenia, con énfasis en aquella que estaba emprendiendo Villamil de Rada. En este breve texto, titulado «El primer hombre y la lengua madre»<sup>69</sup>, se consideraba que esos aportes científicos venían a completar campos del saber tan variados como la antropología, la geología y la arqueología. Los periodistas se prestaban, además, a una labor conjunta con el sorateño, siguiendo sus avances con interés y, al mismo tiempo, con distancia crítica.

Por eso, la noticia de su muerte fue recibida con consternación a principios de 1877. Las publicaciones locales le rindieron homenaje<sup>70</sup> y el Círculo Literario le dedicó unas líneas muy sentidas, sobre todo en referencia a la esperada aparición de *La lengua de Adán*, de la que solo quedaron el índice y algunas anotaciones. Según los redactores, la obra estaba «llamada a hacer una revolución grandiosa y a marcar época en la historia del mundo»<sup>71</sup>. Todos estos documentos demostraban que Emeterio Villamil de Rada no fue un pensador aislado, sino que, al contrario, sus trabajos alimentaban preocupaciones y exploraciones que eran colectivas. Por ejemplo, *El hombre de Tiahuanaco*, una suerte de complemento a *La lengua de Adán*, se interrogaba directamente sobre la procedencia de los habitantes del área altiplánica y postulaba la presencia de una «raza» autóctona, en oposición a las teorías difusionistas. En esta demostración, el autor pretendía probar la centralidad del lago Titicaca y de la que habría sido la primera lengua humana: el aymara.

Al mismo tiempo que Villamil de Rada, otros personajes, como el cura potosino Carlos Felipe Beltrán, también estaban dedicándose al estudio de los idiomas regionales. En su prólogo a *La lengua de Adán*, Nicolás Acosta apuntaba de alguna manera que el siglo XIX había visto un renacer de la lingüística andina, que se inauguró con Vicente Pasos Kanki<sup>72</sup> y su traducción del evangelio de san Lucas al quechua y al aymara el año 1829. Verbigracia, en el quinto número de la *Revista Quincenal* del Círculo Literario aparecían unas *Analo-*

<sup>68</sup> Villamil de Rada, 1876: 1.

<sup>69</sup> *La Reforma*, 14/04/1873.

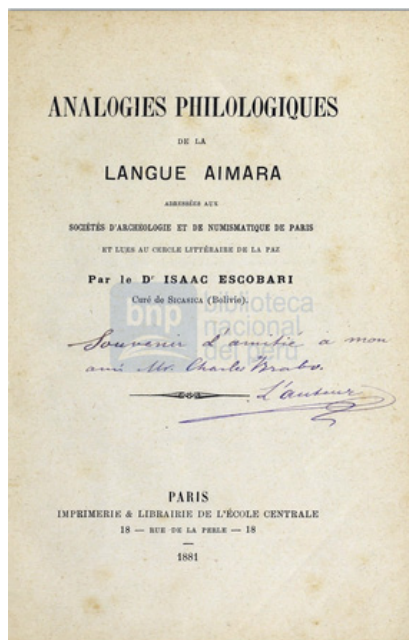
<sup>70</sup> Resaltan especialmente las charadas y otras diversiones literarias que se imprimieron en su honor en *La Reforma*, 12/04/1877.

<sup>71</sup> *Revista Quincenal*, 20/06/1877.

<sup>72</sup> Villamil de Rada, 2018: 299.

*gías filológicas de la lengua aimará [sic]*, firmadas por Isaac Escobari, que por aquel entonces se desempeñaba como párroco en Sicasica. Por esa misma época, Escobari comenzó a colaborar estrechamente con Beltrán, con el que se conocieron en el Congreso de 1878, al que asistieron como diputados<sup>73</sup>. Según Paul Rivet, estas *Analogías filológicas* fueron escritas a pedido de Charles Wiener y sirvieron de base para su propio trabajo<sup>74</sup>. Aunque, si bien Escobari se desempeñó como informante del franco-austríaco, no quedan dudas de que presentó este libro ante sus pares en julio de 1877, y lo destinó a la Sociedad Arqueológica y a la Sociedad Numismática de París, publicándolo finalmente en francés en 1881 (figura 5). En el breve parecer que abría esa edición, el cura de Sicasica le dedicaba unas líneas amargas a Wiener, quien no solo incumplió con su difusión, sino que también perdió el manuscrito original e incluso hizo pasar por suyas algunas de las ideas que ahí se consignaban.

FIGURA 5. EDICIÓN FRANCESA DE LAS *ANALOGÍAS FILOLÓGICAS DE LA LENGUA AIMARÁ [SIC]* DE ISAAC ESCOBARI



Fuente: Biblioteca Nacional del Perú, Lima. Colección Fondo Antiguo-Paul Rivet.

<sup>73</sup> Rivet y Rodríguez, 1948: 660.

<sup>74</sup> *Ibidem*, 674.

Siguiendo de manera explícita algunos de los lineamientos de Villamil de Rada —a quien admiraba y de quien había recibido una versión temprana de *La lengua de Adán* en 1872—, Isaac Escobari añadía la filología a las disciplinas emergentes como la geología, la paleontología, la botánica y la arqueología. Según él, el estudio de las lenguas podría, junto a estas ciencias, aportar a la comprensión de la historia americana y «preguntar a esta región nueva y antigua su origen y su edad»<sup>75</sup>. Estas «analogías» venían a completar los descubrimientos de «los últimos viajeros como Agasis [*sic*], Bert [*sic*], Stübel y Wiener»<sup>76</sup>, en referencia a Louis Agassiz<sup>77</sup>, Théodore Ber, Alphons Stübel y, por supuesto, Charles Wiener. Por eso, para este autor, en el corazón del enigma, se encontraba Tiahuanaco, «el libro que enseñará al mundo la antigüedad de la América y el grado y poder de su civilización»<sup>78</sup>, y la lengua aimara, la única capaz de develar las oscuridades del pasado. Pues, como Emeterio Villamil de Rada, él veía, en ella, el primer idioma dado por Dios al ser humano.

Asimismo, entre los asistentes del Círculo Literario se difundió la traducción que Federico Suazo hijo realizó de unos extractos del libro del argentino Vicente Felipe López, *Les races aryennes du Pérou. Leur langue, leur religion, leur histoire*<sup>79</sup>. Este controversial texto, editado en París en 1871, había suscitado numerosas reacciones a favor y en contra tanto en Europa como en América, transformándose velozmente en una de las principales obras filológicas de su siglo. En ella, López planteaba un análisis del quechua y los lazos que lo unían «a las lenguas del Asia central»<sup>80</sup> y que tendrían como origen común al sánscrito. Aunque de aparición bastante reciente, para 1878, se trataba de un libro muy discutido en el continente y, en especial, en el Río de La Plata, donde comenzaban a surgir cada vez más estudios lingüísticos centrados en lenguas regionales, como «el quechua, el aimara, el araucano, el guaraní [y] el náhuatl»<sup>81</sup>.

Entonces, este panorama intelectual permitía explicar cómo y por qué las ruinas tiahuanacotas se convirtieron en un objeto de fascinación que hizo correr mucha tinta. Por ejemplo, en febrero de 1877, *La Reforma* publicaba por entregas un ensayo de José Carlos Manó titulado «Las ruinas de Tiaguanaco [*sic*] o sea el origen de todo arte y de toda civilización americana». Manó era un

<sup>75</sup> Escobari, 1877: 105.

<sup>76</sup> *Ibidem*: 106.

<sup>77</sup> Su obra fue difundida, por ejemplo, en *El Titicaca* (21/02/1877), a través de la traducción de unas conferencias que había dictado en Nueva York. Este naturalista suizo fue, tal vez, uno de los más importantes antitarwinistas del momento.

<sup>78</sup> Escobari, 1877: 106.

<sup>79</sup> *El Comercio*, 25/06/1878.

<sup>80</sup> López, 1871: 19. Traducción propia.

<sup>81</sup> Arenas Deleón, 2021: 42.



incansable aventurero y sus viajes lo habían llevado a peregrinar por gran parte de la América española<sup>82</sup>. Como en muchos casos, se trataba de un personaje multifacético que sabía jugar con las redes intelectuales en las que se movía con soltura. Había llegado a Bolivia junto a la Comisión Médico-Quirúrgica Italiana, a la que se sumó en Asunción en 1875. Todos ellos se instalaron en La Paz el año 1876 y, en la ciudad, causaron cierto malestar, sobre todo entre el protomedicato, que veía con recelo las prácticas curativas que solían poner en escena<sup>83</sup>. Además, en una esquina de la plaza de armas, comenzaron a regentar un consultorio para pobres y un museo de curiosidades que, según los periódicos, distraía e impactaba a los niños.

Asimismo, estos pintorescos viajeros eran grandes coleccionistas de antigüedades prehispánicas y, «en noviembre de 1876, el periódico *La Reforma* de La Paz publicaba un reporte de la expedición de cuatro meses que hizo la Comisión alrededor del lago Titicaca y en las ruinas de Tiahuanaco»<sup>84</sup>. Efectivamente, unos meses después, Manó daba a conocer la continuación de estos estudios en *La Reforma*. A diferencia de Escobari, el francés no afirmaba contundentemente el origen de esta civilización ni tampoco se atrevía a concebir al aymara como su lengua primitiva. Sin embargo, proponía formas de datación a partir de análisis geológicos, para luego realizar comparaciones con ruinas cuyas fechas eran conocidas. Para él, estos misteriosos restos altiplánicos tenían, al menos, cuatro mil años y eran contemporáneos de Nínive y Babilonia<sup>85</sup>.

Manó no ocultaba que había efectuado numerosas excavaciones en el lugar, lo que le había permitido recolectar un conjunto nada deleznable de material arqueológico. Asociado con el español Eloy Perillán Buxó, ambos comenzaron a publicar anuncios en busca de antigüedades en *El Ferrocarril*, pues los dos redactores se habían comprometido con *La Ilustración Española y Americana* para el envío de «una pequeña colección de objetos bolivianos tales como momias procedentes de las chullpas, vasijas, medallas incásicas (...), una muestrcita en fin de esas preciosidades históricas»<sup>86</sup>. Asimismo, las láminas que se difundieron a fines de 1877 en *La Ilustración* reproducían vistas de Tiahuanaco tomadas por el ingeniero alemán George von Grumbkow. Luego, estas aparecerían en obras tan icónicas como *Pérou et Bolivie* (1880) de Charles Wiener y *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru: Eine*

---

<sup>82</sup> Podgorny, 2018.

<sup>83</sup> *El Titicaca*, 05/01/1877.

<sup>84</sup> Podgorny, 2018: 297. Traducción propia.

<sup>85</sup> *La Reforma*, 18/02/1877.

<sup>86</sup> *El Ferrocarril*, La Paz, 07/03/1877.



*kulturgeschichtliche Studie* (1892) de Alphons Stübel y Max Uhle<sup>87</sup>. Además, Théodore Ber conservaría algunas en su colección personal (figura 6).

FIGURA 6. THÉODORE BER (AL CENTRO) EN LAS RUINAS DE TIAHUANACO



Fuente: Krauskopf, 2002: 118. Fotografía atribuida a George von Grumbkow.

Como parte de sus intervenciones auspiciadas por el Círculo Literario, Rudolf Falb también se centró en Tiahuanaco y, sobre todo, lanzó varias hipótesis sobre su relación con el diluvio universal. Esta reflexión —que se encontraba en el corazón de una de sus dos conferencias celebradas en La Paz y publicada por entregas en *El Comercio*— continuaba sus teorías acerca de la influencia de la luna sobre la tierra. Para él, las ruinas tiahuanacotas eran, indudablemente, una prueba de fenómenos producidos en la atmósfera que desembocaron en el diluvio universal. Amparándose en la autoridad de Alexander von Humboldt, el austriaco veía, en los «jeroglíficos» tiahuanacotas, imágenes que ofrecían un testimonio de este evento, «sonriéndose de la ignorancia de este hecho únicamente posible en el hombre blanco»<sup>88</sup>. Como Manó, Falb comparaba el com-

<sup>87</sup> Podgorny, 2018: 298.

<sup>88</sup> *El Comercio*, 10/12/1878.

plejo preincaico con Nínive y Babilonia sin disimular el asombro que le produjo su visita. Además, postulaba que este era un observatorio lleno de alegorías, que habrían de descubrir a los «viajeros científicos» lo que hasta ese momento era la prehistoria de la humanidad.

Pero, a partir de ese punto, las aseveraciones del explorador comenzaban a agrietarse, sobre todo con la narración de su encuentro con un ser sobrenatural durante un ascenso al Illimani, entre el 21 y 24 de septiembre de 1878<sup>89</sup>. Según Rudolf Falb, él habría tenido una entrevista con un «viejo de la montaña», una especie de «genio de las alturas», que le habría revelado un idioma primigenio<sup>90</sup>. En una misiva dirigida a Julio Méndez y fechada el 7 de octubre de ese año en Cotaña, Falb mencionaba el progreso de sus estudios sobre «historia primitiva» gracias a la importante biblioteca del dueño de la hacienda. Empero, se reservaba de dar a conocer los resultados, que difundiría un poco después de su llegada a Europa. El fruto de estas reflexiones sería un libro publicado en 1883 bajo el nombre de *Das Land der Inca in seiner Bedeutung für die Urgeschichte der Sprache und Schrift* («La tierra de los incas y su significado para la lengua y la escritura»).

En la versión francesa de *Analogías filológicas de la lengua aimará* [sic], Isaac Escobari descartaba por completo esta y otras declaraciones del astrónomo, partiendo de la interpretación errada de la etimología del nombre de Tiahuanaco. Para el párroco, se trataba en todo caso de una «fábula de su invención hecha para distraer a los niños y digna de formar parte de los cuentos fantásticos de *Las mil y una noches*»<sup>91</sup>. Asimismo, en el folleto *Algo sobre las conferencias de Mr. Falb* (1879), el autor anónimo se burlaba del episodio en las alturas del Illimani y señalaba varias inconsistencias en este relato. De hecho, la realización de la hazaña se situaba en una aguerrida competencia con Charles Wiener, a quien Falb decía haber superado en altura<sup>92</sup>. Ambos recorridos respondían a tácticas de validación y, por lo tanto, incluían «algunas libertades tomadas con la verdad científica»<sup>93</sup>.

Por su parte, y a pesar de unas cuantas polémicas, Wiener supo sacar partido de esta visita a los Andes y, a su retorno a Francia, disfrutó de una considerable aceptación entre los círculos americanistas. Es más, según el catálogo de la Exposición Universal celebrada en París el año 1878, el go-

---

<sup>89</sup> *Ibidem*, 14/12/1878.

<sup>90</sup> *Idem*.

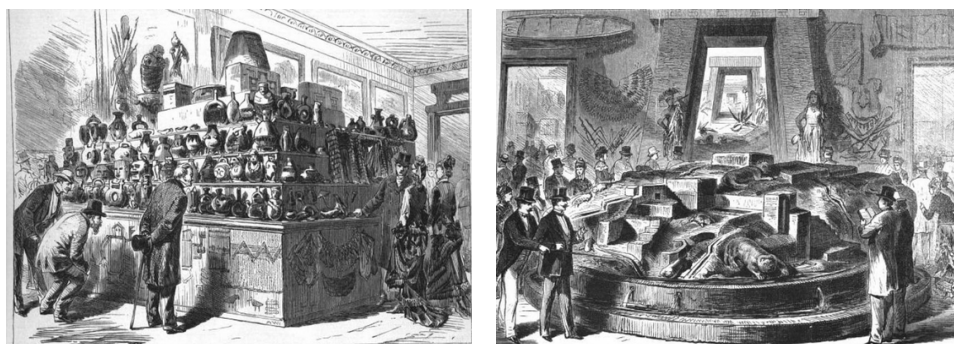
<sup>91</sup> Escobari, 1881: 6. Traducción propia. Este es uno de los pocos añadidos en el prólogo que diferencia ésta de la primera versión de la obra.

<sup>92</sup> *El Comercio*, 10/10/1878.

<sup>93</sup> Riviale, 1993: 927.

bierno boliviano no participó en la elaboración de su pabellón ni tampoco aportó dinero. A raíz de esto y de otras peripecias poco claras<sup>94</sup>, la dirección de la sección nacional quedó en manos del franco-austríaco y del cónsul de Bolivia en Francia, uno de los hermanos Artola —comerciantes de origen español y dueños de una poderosa casa importadora con base en la costa pacífica—<sup>95</sup>. De acuerdo con el reporte que publicó Wiener junto al editor Clovis Lamarre, el país presentó objetos en catorce categorías, la mayoría procedentes de la colección personal de los Artola y el resto, de mineros de Sucre y Potosí<sup>96</sup>. A pesar de ser una de las menos «espaciosas», la sección causó sensación<sup>97</sup> y fue difundida en varios periódicos europeos, como el *Illustrierte Zeitung* de Leipzig, que le dedicó un largo reportaje acompañado de grabados que capturaban la sorpresa que la exhibición produjo entre el público (figura 7). El éxito hizo que esta se transformara en una exposición especial de misiones científicas, con Wiener como el principal artífice, «gracias a una espectacular escenografía de sus colecciones (con reconstituciones de monumentos, paisajes pintados y una impresionante pirámide de huacos en el centro de la sala)»<sup>98</sup>.

FIGURA 7. HUACOS, MOMIAS Y OTROS OBJETOS ANDINOS  
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS, 1878



Fuente: Krauskopf, 2002: 27-28.

El pabellón fue tan solo una muestra de una serie de iniciativas individuales que se entrelazaron en torno a la incipiente cultura científica decimo-

<sup>94</sup> Krauskopf, 2002: 76.

<sup>95</sup> Vargas Mansilla, 2019: 111.

<sup>96</sup> Lamarre y Wiener, 1878: 299.

<sup>97</sup> *El Comercio*, 20/07/1878.

<sup>98</sup> Riviale, 2003: 543.

nónica en Bolivia, tanto dentro como fuera de sus fronteras, hasta conformar complejos sistemas de comunicación. Y es que el interés por los vestigios de civilizaciones andinas se producía en un momento muy específico, previo a la guerra del Pacífico<sup>99</sup>, que luego marcaría el decaimiento de las excavaciones por un tiempo.

#### ALGUNAS CONCLUSIONES PRELIMINARES

Indudablemente, los últimos años de la década de 1870 representaron, en La Paz, un momento crucial para la formación de una élite letrada, a tal punto que Ramiro Condarco Morales llegó a considerar que este «fue el periodo más fecundo de la historia del pensamiento boliviano, en general, y de la del saber científico, en particular»<sup>100</sup>. En aquel clima intelectual, comenzaron a surgir observatorios, sociedades y academias, pero de todas estas asociaciones, el Círculo Literario ocupó un lugar de preeminencia. Bajo la figura tutelar de Félix Reyes Ortiz, este conjunto de pensadores sintetizó, de alguna manera, las inquietudes de una época. Gracias a sus afanes y a los de sus allegados, se organizaron incontables reuniones que tuvieron como objetivo el cultivo de las letras y la ciencia. Asimismo, se publicaron siete números de su *Revista Quincenal*, una magnífica edición que antologó los más importantes textos producidos al calor de sus sesiones. Finalmente, la presencia de personajes como Leonel de Alencar o Rudolf Falb vino a animar las discusiones y demostrar cuán cosmopolitas eran estos espacios.

Sin embargo, al analizar con atención la producción que dejaron, tal vez convenga matizar algunas afirmaciones que realizaron investigadores como Guillermo Francovich (1945) o Ramiro Condarco Morales (1978). Pues, si bien es cierto que las teorías de Charles Darwin conquistaron a muchos intelectuales paceños, también es evidente que algunos, como Isaac Escobari, fueron explícitamente antidarwinistas. Asimismo, Marie-Danielle Demélas señala que, a diferencia de otros casos en América Latina, el positivismo clásico no caló tanto en Bolivia y que Auguste Comte ocupó, más bien, un lugar marginal en las bibliotecas locales<sup>101</sup>. En efecto, en estos espacios como el Círculo Literario, convergían ideas muy diversas y se trataban temas que eran, más que todo, de actualidad: en las tertulias literarias de la ciudad, se hablaba de ciencia como se hablaba de poesía o de modas.

---

<sup>99</sup> Krauskopf, 2002: 23.

<sup>100</sup> Condarco Morales, 1978: 256-257.

<sup>101</sup> Demélas, 1981: 55.

Varias vertientes como el comtismo, el spencerismo y el darwinismo en su faceta haeckeliana se mezclaban sin mucho rigor en una vaga idea de progreso, muy propia de aquel entonces. Pero, como anota Marta Irurozqui, este «conocimiento de los debates científicos y filosóficos del momento no implicó un traslado mecanicista de supuestos teóricos europeos»<sup>102</sup>. Por lo tanto, no resultaba, necesariamente, «el responsable de las prácticas de exclusión social basadas en criterios étnicos»<sup>103</sup>. Es más, entre los socios, se contaba con posturas tan variadas como poco relevantes a la hora de establecer lazos de amistad o, al menos, de respeto intelectual. De ahí que la circulación de estas ideas no se haya plasmado concretamente en políticas públicas ni en un enfoque compartido de forma unánime por las élites letradas, por lo menos no antes de la guerra del Pacífico.

A comienzos de 1879, los miembros del Círculo Literario festejaron por todo lo alto el Año Nuevo<sup>104</sup> y el Carnaval<sup>105</sup>, pero sus planes se vieron truncados al tener las primeras noticias de un eventual enfrentamiento con Chile. A partir de ese momento, empezaron a escasear las crónicas sociales sobre encuentros culturales. No obstante, la guerra no significó el fin de esta asociación intelectual, sino, al contrario, su consolidación y especialización. Desde el 8 de abril de 1880<sup>106</sup>, comenzaron a organizarse reuniones dedicadas al estudio del aymara en la casa de José Rosendo Gutiérrez<sup>107</sup>. Y, poco tiempo después, el 22 de mayo de 1880<sup>108</sup>, se fundó oficialmente la Sociedad de Aymaristas, que posteriormente daría lugar a la Sociedad Geográfica de La Paz (1889) y, más tarde, a la Academia Aymara (1901). Es más, la historiadora Carmen Beatriz Loza<sup>109</sup> señala que en sus filas militaron muchas de las personalidades que frecuentaron el Círculo Literario de la preguerra como Félix Reyes Ortiz, Macario Pinilla y Agustín Aspiazu, aunque este tal vez no fuese la «sombra dominadora» de la que hablara Condarco Morales (o no todavía)<sup>110</sup>.

<sup>102</sup> Irurozqui, 1999: 267.

<sup>103</sup> *Idem*.

<sup>104</sup> *El Comercio*, 04/01/1879.

<sup>105</sup> *Ibidem*, 23/02/1879.

<sup>106</sup> Marie-Danielle Demélas menciona la creación de un Círculo de Amigos de las Letras ese mismo año. Demélas, 1981: 58. Esta asociación, impulsada por Rosendo Gutiérrez, sería la prueba del total «mimetismo» entre este y el Círculo Literario de Reyes Ortiz.

<sup>107</sup> Loza, 2004: 110.

<sup>108</sup> Mérida Luján, 2019: 15.

<sup>109</sup> Loza, 2004: 108.

<sup>110</sup> En ese momento, Aspiazu se estaba desempeñando, primero, como ministro de Guerra (1876) y, luego, como ministro de Instrucción, Justicia y Cultura (1877-1878) del Gobierno de Hilarión Daza. Su distancia con el grupo de José Rosendo Gutiérrez puede deberse a razones estrictamente políticas: mientras que este era melgarejista, el otro había liderado la

En aquel contexto, se continuaron las *Analogías filológicas* de Isaac Escobari y Rosendo Gutiérrez preparó un diccionario español-aymara que dejó inédito. A través de estos trabajos, la nueva sociedad literaria se presentaba como la directa heredera de aquella que presidiera Reyes Ortiz antes de la debacle del Pacífico. Por ende, todo permite pensar que este grupo continuó su trabajo con ímpetu, pero centró sus esfuerzos hacia búsquedas más bien lingüísticas, relacionadas también con los intereses de los científicos extranjeros que estaban de paso por la zona. En efecto, cuando Ernst Middendorf y Max Uhle llegaron a La Paz —en 1888 y en 1894, respectivamente—, ambos encontraron una valiosa producción intelectual en los salones locales. En ese entonces, ya se contaba, además, con una cierta institucionalidad que proporcionaba un marco más formal a estas iniciativas literario-científicas que no solo se prolongaron en el tiempo, sino que también se irradiaron hacia otras ciudades capitales, como Potosí y Sucre, pero también Santa Cruz. La vitalidad de estos espacios letrados hacia finales del siglo XIX era, entonces, incontestable, así como el surgimiento de nuevos nombres, como el de Manuel Vicente Ballivián y, más tarde, Belisario Díaz Romero. De ahí que, entre otras cosas, el estudio de estas redes podría permitir dimensionar mejor el aporte de los pensadores paceños en las obras de afamados científicos europeos (como Middendorf y Uhle), además de revelar las densas conexiones que se tejieron entre los intelectuales locales a lo largo de varias décadas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Nicolás, *Apuntes para la bibliografía de la ciudad de La Paz*, La Paz, Unión Americana, 1877.
- Acosta, Nicolás, *Guía del viajero en La Paz: noticias estadísticas, históricas, locales, religiosas, templos, hoteles, edificios, antigüedades, etc.*, La Paz, Unión Americana, 1880.
- Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008.

---

Asamblea Constituyente de 1871 que declaró nulos todos «los actos legislativos y administrativos» de Mariano Melgarejo. Por otra parte, tengo la impresión de que Nicolás Acosta asistió muy pocas veces a estas reuniones y que desconocía, en cierta medida, su trabajo. Esto porque, en el prólogo a *La lengua de Adán* de 1888, cometía inexactitudes sobre la publicación de las *Analogías filológicas en lengua aimará* [sic] de Escobari y, en la nómina de fundación, aparecía solamente como socio honorario.



- Arenas Deleón, Nicolás, “Un pasaporte a la república de las letras: Vicente Fidel López y *Les racines aryennes du Pérou*”, *Historia*, 1/54 (Santiago de Chile, 2021): 41-68.
- Argueta Villamar, Arturo, *El darwinismo en Iberoamérica. México y Bolivia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009.
- Ayllón, Virginia, *Adela Zamudio. Obra reunida*, La Paz, Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2021.
- Barragán, Rossanam, “Ciudad y sociedad. La Paz, 1880”, *Revista Ciencia y Cultura*, 4/7 (La Paz, 2000): 205-225.
- Buck, Daniel, “Early photography in Bolivia”, *History of Photography*, 24/2 (Londres, 2000): 127-132.
- Condarco Morales, Ramiro, *Historia de la ciencia en Bolivia. Historia del saber científico en Bolivia*, La Paz, Academia de Ciencia y Tecnología, 1978.
- Crespo Rodas, Alberto (ed.), *José Rosendo Gutiérrez, el hombre, el político, el literato*, La Paz, Siglo, 1986.
- Demélas, Marie-Danielle, “Darwinismo a la criolla”, *Historia Boliviana*, 1-2 (La Paz, 1981): 55-82.
- Escobari, Isaac, *Analogies philologiques de la langue aymara*, París, Imprimerie et Librairie de l'École Centrale, 1881.
- Francovich, Guillermo, *Historia de la filosofía en Bolivia*, Buenos Aires, Losada, 1945.
- Halperin Donghi, Tulio, *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, Buenos Aires, Emecé, 2013.
- Iruozqui, Marta, “Desvío al paraíso. Socialdarwinismo y ciudadanía en Bolivia”, Thomas Glick, Rosaura Ruiz y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Madrid / Ciudad de México, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Universidad Nacional Autónoma de México, 1999: 265-286.
- Krauskopf, Gunther, *Tres viajeros europeos precientíficos en Bolivia del siglo XIX: Falb, Wiener y Ber*, La Paz, Instituto de Arqueología Boliviana, 2002.
- Lamarre, Clovis y Charles Wiener, *L'Amérique centrale et méridionale et l'Exposition de 1878*, París, Delgrave, 2002.
- Loza, Carmen Beatriz, *Itinerarios de Max Uhle por el Altiplano: Sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896)*, Berlin, Gebr. Mann, 2004.
- Marca, Santusa, *Fotógrafos en la ciudad de La Paz*, tesis de grado, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, 2016.



- Mendoza, Gunnar, *Gabriel René-Moreno, bibliógrafo boliviano*, Sucre, Universidad Mayor, Real y Pontificia San Francisco Xavier, 1954.
- Mérida Luján, Alejandro, “Tres casos de autoridad científica, intelectual e ideológica en los Andes bolivianos (1880 - ca. 1940)”, *Revista Boliviana de Investigación*, 14/1 (La Paz, 2019): 13-35.
- Monguió, Luis, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*, Berkeley, California University Press, 1967.
- Podgorny, Irina, “Coleccionistas de arena. La Comisión Médico-Quirúrgica Italiana en el Altiplano Boliviano”, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 11 (Bogotá, 2010): 165-188.
- Podgorny, Irina, *Los viajes en Bolivia de la Comisión Científica Médico-Quirúrgica Italiana*, Santa Cruz, Fundación Nova, 2011.
- Podgorny, Irina, “Sur les traces de l’exode de la race à long nez: Les voyages de Joseph Charles Manó dans l’Amérique espagnole, 1870-1886”, Fabio d’Angelo (coord.), *The Scientific Dialogue linking America, Asia and Europe between the 12th and the 20th Century. Theories and Techniques Travelling in Space and Time*, Nápoles, Viaggatore, 2018: 292-308.
- Prudencio Romecín, Roberto, *Ensayos literarios*, La Paz, Unidas, 1977.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Buenos Aires, Arca, 1998 [1984].
- René-Moreno, Gabriel, *Estudios de literatura boliviana*, La Paz, Juventud, 1989, 2 vols. [1876].
- Reyes Ortiz, Félix, *Obras completas*, tomo 1, La Paz, Imprenta de *La Razón*, 1889.
- Rivet, Paul y Rodríguez, Odile, “Carlos Felipe Beltrán, un apôtre bolivien”, *Actes du XXVIII Congrès des Américanistes*, París, Musée de l’Homme, 1948: 657-693.
- Riviale, Pascal, “Charles Wiener, ¿viajero científico u hombre de los medios?”, Charles Wiener, *Perú y Bolivia*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos / Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1993: 847-853.
- Riviale, Pascal, “Charles Wiener o el disfraz de una misión lúcida”, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 33/3 (Lima, 2003): 539-547.
- Saenz, Jaime, *Imágenes paceñas. Lugares y personas de la ciudad*, La Paz, Difusión, 1979.
- Soto Velasco, Kurmi, “Esbozo de una semblanza. Las aventuras de Eloy Perillán Buxó (1848-1889) en La Paz (1877)”, *Revista de Estudios Bolivianos*, 27 (La Paz, 2017): 87-109.
- Un Paceño (seudónimo), *Algo sobre las conferencias de Mr. Falb*, La Paz, Imprenta de «El Ciudadano», 1879.

Unzueta, Fernando, *Cultura letrada y proyectos nacionales. Periódicos y literatura en Bolivia (siglo XIX)*, La Paz, Plural, 2018.

Valderrama, Lorena, “La discusión pública de los pronósticos de terremotos de Rudolf Falb en Ecuador y la costa sudamericana del Pacífico (1869-1889)”, *História Unisinos*, 25/3 (São Leopoldo, 2021): 420-434.

Vargas Mancilla, Stephanie, “Desde afuera. Las dinámicas fronterizas de la provincia de Atacama y la construcción del territorio nacional (1840-1866)”, *Revista Ciencia y Cultura*, 42 (La Paz, 2019): 99-119.

Villamil de Rada, Emeterio, *De la primitividad americana*, Cochabamba, Imprenta de Gutiérrez, 1876.

Villamil de Rada, Emeterio, *La lengua de Adán y El hombre de Tiahuanaco*, La Paz, Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2018 [1888].

Wiener, Charles, *Perú y Bolivia. Relato de viaje*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, 1993 [1880].

Fecha de recepción: 28 de enero de 2022.

Fecha de aceptación: 17 de junio de 2022.

## Literate elites and scientific culture in nineteenth-century Bolivia (La Paz, 1876-1879)

---

*This paper analyses the emergence of a scientific culture within intellectual groups in La Paz (Bolivia), in the years prior to the War of the Pacific, based on a hemerographic study of major local newspapers. The main purpose is to show how literary circles became an exceptional place of exchange for new ideas and new areas of knowledge, such as linguistics and archaeology. This research also aims to show how local and international networks were formed in the city between 1876 and 1879.*

KEYWORDS: *literary elites; scientific culture; intellectual networks; Bolivia; nineteenth century.*

---

